

# LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la librería de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

## La Fiesta Mayor.

(Conclusion)

Ya las tenemos; es decir, ya nos hemos proporcionado las targetas de entrada, despues de haber corrido para ello de Zeca en Meca, ó sea de uno á otro individuo de la comision, lo cual equivale á ir de Herodes á Pilatos. Entremos pues en el entoldado.

¡Magnífico salon! Mas elegancia no cabe! ¡Qué maneras tan obsequiosas de parte de todos los socios! ¡qué lujo tan sorprendente en todos los circunstantes! Y ¡qué chicas! sobre todo ¡qué chicas tan jóvenes y guapotas! ni una fea, ni una vieja, ni siquiera se nota una mamá entre ellas. ¿Será que solo se ha permitido la entrada á la juventud y á la hermosura? Pues ¡y ellos! ¡Oh! ellos, tal para cual; hechos un Adonis, unos millores, unos verdaderos lions. ¡Qué es esto! ¿estamos en las Tullerías ó en una poblacion subalterna de provincia? ¿Soñamos, ó estamos despiertos? Sea lo que quiera, ello es que nos hallamos bien y que hasta nos parece fresco el perfumado ambiente que aqui se respira.

Pero el salon se vá llenando por momentos, y por momentos el calor va aumentando de grado en grado, hasta un punto en que los circunstantes se van poniendo poco menos que en estado de liquidacion y de vapor. Ni

se halla una silla vacía donde sentarse; las piernas á uno se le rompen con tanto estar en pié, la cabeza se le vá á paseo, atontada con tantas horas de estar sin dormir, y hasta casi les falta á los pulmones el aire necesario para la respiracion.

Vámonos al cafetin á descansar un poco; á respirar otro ambiente menos sofocante. — Mozo, un sorbete. — No le hay. — Un granizado al menos. — No tenemos nieve. — Pues una gaseosa... — Creo que se han acabado. — Venga, pues, una orchata, un vaso de limon, cualquiera cosa con tal de que sea fresca. — Ya nos han servido y por cierto algo tarde y bastante mal: volvámonos al salon.

Sea realidad, sea aprension nuestra, es lo cierto que el salon ya no se nos presenta tan magnífico, tan hermoso, tan fantástico como nos pareció al principio. Desde luego nos parece que escasean las chicas y que abundan las señoras mayores. Tambien se nos ha figurado ver algunas chaquetas democráticas, y ciertos paletós y levitas *bourgeoises*, puestos en desdeñoso contacto con alguno que otro aristocrático frac negro de paño sedán. Mas ¡ay que pisoton mas horroroso acaban de pegarnos, sin duda para hacernos saltar! ¿Habrá tambien gallegos por estas tierras? Esto, y un codazo de marca mayor que à renglon seguido nos dan en el pecho, nos ponen mas encendidos que un fósforo ardiendo. ¿Quién será capaz de resistir á tanta opresion y á tan-

to calor hasta que el baile concluya! ¿Quién? la madre que va á caza de un novio para su hija; la hija que aun tiene mayores ganas de cogerlo que su madre; el mozalvete que dá en la manía de dejarse coger; el camastron que anda á la zaga de cierta viuda vieja pero ricachona; el solterote que se halla en el baile con alguna casadilla, recuerdo halagüeño de sus antiguos triunfos amorosos, y el chisgarabís, esto es, el tonto de capirote, que de chica en chica á manera de liviana mariposa de flor en flor, va enamorándolas á todas, ó haciéndose la ilusion de que las enamora sin enamorar en realidad á ninguna. Otros hay que resisten tambien los efectos de la conflagracion general. Estos, son aquellos que, constituidos en medio de la estancia como agentes de policia en una plaza pública, ven girar á su alrededor las parejas de baile, con la misma indiferencia con que los árboles de la *Dehesa* ven revolver en torno de su tronco las hojas secas que ruedan por el suelo agitadas por el huracan. ¿Qué hacen estos hombres en el baile? No nos metamos en lo que no nos importa; dejémoslos divertir.

El baile al fin concluye como todas las cosas, y con él queda de hecho terminada por completo la fiesta mayor, pues los demas dias con que algunos pueblos la prorogan, no son mas que apéndices tiránicos que le han ido agregando los imprudentes deseos de la inconsiderada juventud.

Compendiemos, pues, y digamos que una fiesta mayor se reduce en resumidas cuentas á

Un Oficio,  
una comida  
y un baile.

¿Compensan los goces de estas tres cosas con el disgusto de los malos ratos y de las noches malas que se pasan en las fiestas mayores? Respondan francamente por nosotros los que han concurrido á ellas; respondan los vecinos de los mismos pueblos en que se solemnizan las tales fiestas.

Generalmente los forasteros de conciencia, ó que tienen ocupacion en sus casas, toman velas al tercer dia de su arribo; mas aquellos á quienes no les sobran ni conciencia ni ocupacion, esto es, aquellos y aquellas que se han propuesto veranear económicamente, ó

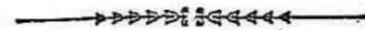
lo que es lo mismo, vivir sobre el pais; hacen tambien como que arreglan sus bártulos para marcharse; pero eso sí, sin mover un pié, aprovechando el pretexto de la menor escitacion que se les hace, para no levantar el campo en dos ó tres meses: todo por supuesto *con mucho contento y satisfaccion* de los patrones, los cuales de dia en dia se van poniendo mas y mas contentos y satisfechos con la *amable compañía de sus queridos huéspedes*. Y si alguien esto lo tomase por pulla, no tiene mas que oirlos en el seno de la confianza; pero tanto vale que dejemos marchar á los forasteros para que aquellos hablen aun con mayor libertad.

—Y la gente ¿qué tal? ¿cuándo se marchan?— ¡Ay amiga! no me hables de ellos; gracias á Dios que se marcharon. ¡Si vieras qué gasto mas horroroso, qué modo de comer aquel! No puedes formarte una idea; se nos han tragado vivos: es menester verlo, para creerlo. Y luego aquel tono, aquel señorío, ni capaces de levantar una paja del suelo; de modo que las niñas y yo éramos unas criadas suyas. Lo que es el año que viene, yo te aseguro que no me pillarán en casa por la fiesta mayor.

Oigamos ahora á los que se han ido.

—Creí que no tratabais de volver.—Pues mira, aun hemos venido pronto.—Es claro, si os habiais propuesto venir el dia del juicio, demasiado pronto habeis venido.—Pero ¿y qué quieres si no nos han dejado venir antes? y aun si vieras lo incomodados que se han quedado.... Ya puedes contar que no ha sido por gusto nuestro el estar allí tanto tiempo; porque, vamos, aunque es verdad que los pobres han hecho todo lo que han sabido para complacernos, sin embargo ¿qué quieres que te diga? no podíamos acostumbrarnos... ¡qué comistrajos aquellos! qué camas! que....—Tapémonos las orejas como Ulises, si no cual él por temor á los acentos de la seducción, siquiera para no oir espresiones de ingratitud y de falsía, y entre tanto, con los oidos siempre tapados aguardemos que vengan las ferias, para que *los de allí* vuelvan el cambio á *los de aquí*, si es que cabe volvérselo, con mejora de tercio y quinto.

*Julian de Chia.*



**HIJINO.**

Creemos que será leído con gusto el que á continuacion insertamos, y que ha sido dedicado al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Gerona D. FLORENCIO LORENTE Y DE MONTON, por los vecinos de Canet de Mar, con motivo de haber bendecido este Prelado la nueva y suntuosa capilla de *Nuestra Sra. de la Misericordia*, patrona y especial protectora de dicha villa, y de honrar con su presencia las fiestas de la inauguracion de aquel santuario.

CORO.

*Con armónicos ecos cantemos  
Hoy á nuestro Prelado y Pastor;  
Su venida feliz celebremos  
Y rindámosle ofrendas de amor.*

Es ilustre Teruel en nobleza,  
Es famosa ciudad cual ninguna, (1)  
Mas de vos haber sido la cuna  
Es, Señor; su mas alto blason;  
Que si puede ostentar la grandeza  
De otros nombres y títulos raros,  
Entre todos sus hijos preclaros  
Sois el mas eminente varon.

De la recta y mas sana doctrina  
Ya muy jóven seguís los senderos,  
Porque sois en los años primeros  
En virtud y saber ejemplar:  
De Doctor en la ciencia divina  
Vos el grado alcanzais dignamente,  
Y despues mereceis, ó *Lorente*,  
En Palencia el armiño llevar.

Con dulzura sin par en el labio  
Y la llama sagrada en el pecho  
A los hombres con celo y provecho  
La divina verdad predicais:  
Conquistando renombre de sabio,  
De modestia, Señor, sois modelo;  
Pues sumiso á las voces del Cielo  
A su gloria tan solo aspirais.

La virtud cada día en vos crece  
Y el Señor cada día os encumbra,  
Nunca empero la gloria os deslumbra  
Y jamás el honor os engrió;  
Así Dios que al humilde enaltece  
Y á los vanos soberbios humilla,  
Os eleva por fin á la silla  
Que otro tiempo Narciso ocupó.

(1) La historia atestigua que no son exageradas estas espresiones: es Ternel indudablemente la famosa Turba de la España primitiva, habiendose conquistado en las edades posteriores con sus gloriosas hazañas los títulos de *muy noble, fidelísima y vencedora*, concediéndose en nuestros tiempos á su Ayuntamiento el tratamiento de Excmo.

Pero no sin misterio Dios quiso  
Concederos á vos honra tanta,  
Pues no puede moverse una planta  
Sin su muy soberano querer:  
Es que si por sus obras *Narciso*  
El olor fue de aqueste obispado,  
Vos, *Florencio*, bondoso prelado,  
*Flóreceis* en virtud y saber.

De divinos, eternos arcanos  
Teneis vos, buen obispo la llave,  
Derramando cual bálsamo suave  
Los tesoros de Dios y su ley.  
Y, por vuestras benéficas manos,  
Ya que al hombre favor Dios envia,  
Sednos siempre, Señor, luz y guía,  
Benedicid, ó Pastor, vuestra grey.

**El monte maldito.**

LEYENDA TRADICIONAL.

I.

Corria el siglo 12, siglo de lucha continua, en que el poder feudal, entronizado en las escabrosidades de los montes hacia bambolear los tronos.

Cada monte era entonces coronado por un castillo; dentro de los muros de cada castillo un reyezuelo déspota y caprichoso con el dictado de Señor, asentaba la morada de la fuerza y del placer, á costa de la sangre y de las lágrimas de sus vasallos.

Entre los fragosos ramales del Pirineo y en suelo de Cataluña, D. Alvaro de Rocaberti, señor de tierras y villorrios, tenia su solariega morada edificada en una eminencia pardusca y granítica á manera de nido de águilas. Cuando el rey necesitaba su apoyo y corria con él en buena armonia, aprestaba D. Alvaro sus ginetes y sus peones, y ceñido el yelmo y montando su corcel de batalla, atravesaba al frente de la cabalgata el puente levadizo en direccion á la corte. Si algun señor vecino le disputaba el dominio de sus tierras, ó enamoraba á la dama que en redes de amor le tenia cautivo, ú osaba contrarrestar uno solo de sus antojos, era hombre D. Alvaro á quien gustaba dirimir la contienda por su cuenta; quitaba el polvo á la armadura, aguzaba la espada, reunia su gente al toque del clarin que resonaba en todos los torreones del castillo, y no paraba hasta disputar la razon con

su adversario cuerpo á cuerpo, en buena lid y espada en mano, que segun el dicho de nuestro caballero era el mejor modo de dar con la justicia de la querrela. Cuando la paz le dejaba libre, y ocioso el tiempo, sus criados y sus sabuesos tenian en vez de paz, tormento continuo: soltaba los halcones, desataba la trailla y esperaba la noche siguiendo el rastro á algun jabalí ó algun venado; diversion favorita que solo interrumpia una que otra vez para dar caza á alguna villana, si por su belleza ó por su donaire era digna de que todo un señor la requiriera de amores.

No obstante, en la época de su vida á que en nuestra narracion nos referimos, habianse suspendido en el castillo del de Rocaberti los regocijos y la algazara que lleva siempre consigo la caceria, porque D. Alvaro iba desde algun tiempo mohino y cabizbajo, y preferia la quieta soledad de alguna cañada al desapacible son de los cuernos de caza; motivo por el que, no dejaba de andar libre y contenta la servidumbre destinada á la cetreria; alegre por el mal humor que á D. Alvaro le aquejaba, ya que la libraba de un continuo y fatigoso trasmonate, de infinitos denuestos y maldiciones y de no pocos latigazos. Los que más habian perdido con aquella pesadumbre eran su esposa y el capellan del castillo, quienes, por inquirir solícitos lo que lo motivaba, eran frecuentemente pagados con un áspero monosílabo los amorosos desvelos de aquella, y los aristotélicos consejos del segundo.

Nadie podia atinar con el motivo de tal mudanza, y esto mismo era razon suficiente para que todos agotáran su ingenio por encontrarlo. Quien suponía, que se hastiaba de la ya ajada hermosura de su esposa; otros aseguraban que se aburría de la monotonía de la larga paz le deparaba; quien aseguraba que discurría la manera de vengar atrocemente algun secreto agravio; y no faltó uno de los jayanes del castillo, que en virtud del aspecto caviloso de su señor, y de su mirar que desde algun tiempo se tornaba hosco, y por haberle sorprendido un dia en uno de sus paseos solitarios hablando enfurecido consigo mismo, y agitándose como un energúmeno, dió por cosa indisputable que la enfermedad de D. Alvaro nada tenia que ver con lo natu-

ral ni con lo humano, y que le traía agitado y suelto el *mismo diablo*. La relacion del jayán dejó inquieta y azorada á la gente del castillo, y no faltó quien llevado de su medrosa imaginacion pensó oír en las altas horas de la noche y por las desiertas galerias, un rumor sordo, como de ráfaga que lleva el viento, y que á su entender no podia producirlo sino algun trasgo ó brujo, ó el alma condenada de algun antepasado que moró en el castillo ó tal vez el mismo Satan en persona.

Algo de ello habia ciertamente en lo que á D. Alvaro le traía preocupado; porque si bien era causa de ello una hermosura tierna, inocente y humilde, los desvios y el recatado proceder de la villana, habian inflamado en el pecho del caballero una pasion que bien podia llamarse furiosa y endiablada.

En malhora desvióse un dia azuzando los lebreles tras un herido cervato; llegó á un pintoresco valle donde pacía una numerosa yeguada; la que la guardaba era una niña bella y discreta; sus gracias inflamaron repentinamente aquel corazón combustible y varió de sesgo la caceria. El cervato y los perros siguieron saltando barrancos: D. Alvaro quedóse admirando el donaire de Maria. La dijo lisonjas que pasaron en cinco minutos á ser ternezas, y á ellas respondió Maria amable y cariñosa en un principio, pero luego temerosa y espantada por las miradas del galán.

La primavera habia abierto ya su seno á la hermosura y el valle estaba florido: D. Alvaro cortó una violeta aun en capullo y se la ofreció á la muchacha; pero esta que aunque niña era ladina, y pasada la primera turbacion reflexionó, vió sin duda el inminente peligro á que se esponía aceptando una flor cortada en boton, y se negó á recibirla; él redobló las instancias y la dijo que la amaba; ella respondióle con una sonrisa entre inocente y burlona, y resolvió para sus adentros desviar los tiros del cazador que con tanta astucia intentaba darla alcance. La bulliciosa comitiva que de lejos habia seguido á su amo le sorprendió, y unióseles él profiriendo una maldicion porque se le habia escapado la pieza.

Desde aquel dia databa el mal humor de D. Alvaro y su decidida aficion á los paseos solitarios; con frecuencia se dirigia al malha-

dado valle donde habia perdido la pista al cervato, y casi siempre encontraba en él como el primer dia á Maria guardando la yeguada. Su pasion se acrecentó con la resistencia y recurrió á todos los medios que pudiera proveer el galán mas obstinado, pero ella entre risueña y severa supo defenderse. Él de tierno se hizo insolente; ella de recatada se hizo indomable. El amor del de Rocaberti no encontraba eco en el alma de la villana.

Tantas cuantas veces habia intentado recurrir á la violencia para vencer aquella para él, estraña terquedad, habian sido vanos sus esfuerzos y fallidas sus esperanzas.

Un dia que se hizo algo indiscreto y atrevido, Maria azuzó contra él un enorme mastin que le dejó malparado y lleno de mordiscos, y no le fué peor, gracias á la compasion de la niña que detuvo á su fiel compañero. Con todo tuvo que doblar D. Alvaro hácia el castillo torvo y desesperado, con una visible cojera, blasfemando y jurando no ver mas la cara á aquella muchacha de corazon de roca.

Pero pudo en él mas el amor que el juramento, y pasado algun tiempo, encaminóse de nuevo á su predilecto valle, aunque prevenido para vengarse del animal, que dejó muerto de un venablo. Espedito ya el paso para acercarse á Maria, intentó ver á la vez satisfecho su amor y vengado el ultraje recibido; pero la muchacha que se dió prisa echó á correr montada en una yegua, que espantada amenazaba con sendos redobles de coeces al amante que obstinado les seguia jadeando. D. Alvaro escapó sano por milagro de los ataques de la yeguada entera, que alboratada le daba alcance siguiendo á Maria.

Estas terribles chanzas le traian loco y desesperanzado, y hacian que aguijoneando su orgullo, acreciera mas y mas la pasion que en su pecho alimentaba.

Esto le hacia pasar las noches en vela y ensimismado durante los dias, hasta dar ocasion á que algunos le tuvieran por poseido del diablo.

## II.

Asi las cosas, iban corriendo los dias, y á las risueñas y deliciosas tardes de Abril habian sucedido las calorosas y sofocantes de Julio. El amor de D. Alvaro rayaba ya en frenesí.

Una tarde para distraer su mal humor desvióse por una umbria vereda leyendo un viejo manuscrito *in folio* sobre la *fragilidad de las cosas humanas*; el resultado de aquella lectura, fué que despues de mucho reflexionar, acabó por encolerizarse, rompiendo el tratado hoja por hoja, y llamando ignorante al filósofo que tal habia escrito, puesto que estaba en entera oposicion con la obstinada resistencia con que Maria le rechazaba.

Dando pábulo á sus meditaciones, internóse preocupado sin saber donde dirijia sus pasos. Asi llegó hasta lo mas áspero del bosque, á una pequeña plazoleta rodeada por inaccesibles barrancos, y cercada por jarales y maleza, que tenia por tolo impenetrable á los rayos del sol las anchas copas de añosos robles, y yerba fresca y mullida que la servia de alfombra.

El aspecto que ofrecia aquel sitio participaba de triste y de bravío; por un lado la frescura que se gozaba, la poca luz que penetraba hasta aquel retrete construido por la naturaleza, y por único ruido el murmullo de un manantial que á pocos pasos nacía; por otro árboles centenarios á los cuales se abrazaba la yedra y los selváticos brazos de los jarales, espinosos matorrales nacidos entre las grietas de las rocas, y á un lado un profundo precipicio bajo el cual se extendia lo mas escabroso del monte.

Ni una hoja se movia en aquel silencioso retiro; todo convidaba al reposo.

Sentado al pié de un roble estaba un anciano: su rostro orlado por la barba y el cabello canos, guardaban señales de una pasada hermosura, pero que debió ser una de aquellas hermosuras enérgicas, adustas y fieras; su mirada sesgada y oblicua y sus labios levemente contraídos le daban un aspecto torcido y maligno.

D. Alvaro llegó sin verle al lado del anciano, y sentóse arrojando del pecho un suspiro de desesperacion.

—Muy fatigado ó muy condolido estais, le dijo el viejo; y en verdad, lástima es que asi se vea el mas cumplido de los caballeros.

D. Alvaro dirijióle una mirada en que iba la desconfianza mezclada con el reconocimiento, que naturalmente sentimos hácia aquellos que se interesan por nuestra suerte.

—¿Os sorprende que así os hable? continuó el anciano en voz algo melosa: siempre hay quien se interesa por los que sufren. Y por lo que en ello me vá y por vos me intereso, casi, casi os diría, que según colijo andáis más desesperado de lo justo.

A aquellas palabras desapareció la sombra de desconfianza que velaba el rostro de D. Alvaro, quien miró con cierto interés al anciano apesar de que no recordaba haberle visto en su vida.

—Buen hombre, le dijo en acento melancólico; los señores tienen también sus pesares; tras el adarve de un formidable castillo viven á menudo corazones tristes y desesperados.

Pero ¿qué os puede faltar á vos; señor? En el pleno vigor de la vida, dueño de haciendas y castillos, rodeado de una turba de pages, de escuderos y de criados; con riquezas y menada para que sea codiciada vuestra amistad. y para brillar si quereis y hasta dar envidia en la corte, qué más aneláis? ¿Quereis honores? Deseadlo siquiera y el Rey se honrará en teneros á su servicio, ¿quereis mugeres? Todas las villanas de vuestros cotos suspirarán á una mirada vuestra, y en la corte, cien damas habrá que si las demandais amor os darán tanto que os hagan morir de felicidad.

D. Alvaro arrojó un suspiro hueco y cavernoso.

—Vamos, repuso el viejo, confesad que nacisteis con fortuna próspera, y que nada tenéis de que quejaros.

—Si tengo. ¿Lo pueden acaso todo la riqueza y los honores?

—Cuando ellos no bastan se recurre al amor.

—¿Y cuando se ama un imposible?

—Nada hay imposible en el mundo.

—Hay mugeres fuertes y obstinadas, contra las que se estrellan todos los recursos humanos.

—Si el amor es grande, la victoria es segura, porque se arrostra todo.

—¿Si es grande el amor? Inmenso, infernal. Diera por él mi castillo, mi esposa, hasta mi alma.

—La muger que amais será vuestra si así lo quereis.

—Imposible. He apurado todos los medios; solo el diablo podría dármela.

—Y bien; pedídsela al diablo, dijo con acento enérgico y persuasivo el anciano, al propio tiempo que poniéndose de pié tomaba un aspecto imponente y magnífico.

El caballero le miró de hito en hito, como quien duda de lo que oye; tornósele el rostro lívido de coraje, y con acento amenazador repuso:

—Has venido á jugar con un desesperado? Por Cristo vivo, que si tal has pensado, tal vez al mismo diablo envíe tu alma antes que anochezca.

Impasible el viejo á aquella amenaza, meneó la cabeza y soltó una sarcástica carcajada.

—La desesperación os ciega, le dijo; tanto mejor; ahora conozco cuán inmenso es el amor que profesais á Maria; y si he venido á este sitio por encontraros, me alegro, pues veo que no habré venido en vano.

—¿Que, has venido á este sitio para encontrarme, dices? ¿Y cómo sabias que aquí me dirijiria? A nadie lo he comunicado y....

—¿Y cómo sé que se llama Maria la que os desespera? ¿No acabais de confesar que el diablo puede más que vos? ¿No puede el diablo saberlo y traerme aquí?

—Vamos, no me exasperes. Esto es incomprendible. ¿Quién te ha dicho que amo á Maria, quien te ha dicho que me dirijia á este sitio?

—Y eso ¿qué os importa á vos? ¿No basta que ponga remedio á vuestros males?

—Pero quién eres?

—El diablo tal vez, dijo con acento imperioso el desconocido.

Hubo un momento de silencio en que ambos se miraron fijamente; la mirada del anciano era potente, fascinadora, y D. Alvaro que era algo supersticioso, se sintió algo subyugado, rendido bajo la presión de aquel hombre extraordinario. Pensó luego en Maria, y una llamarada de amor frenético que le devoraba llegó hasta su cerebro.

Aquel hombre misterioso cuya serenidad nunca cejaba fué el primero en interrumpir el silencio.

—Hablemos claros, dijo: adorais á Maria y me necesitais. A amor inmenso, inmenso sa-

crificio. ¿Qué me dais y os la entrego hoy mismo?

—¿Entregarme á Maria? ¿A esa estraña virtud que habita en el valle? Oh, no dejeis que alicente de esperanza por una ilusion que pronto ha de ser desvanecida. Si esa hermosura fuera mia, me volveria loco de placer.

—Qué me dais y os la prometo?

—Pide, mis arcas, mis tesoros....

—Quiero vuestra alma.

—Mi alma? mi alma? Oh! Tuyo soy en cuerpo y alma, si Maria es mia.

—Lo será.

—Contra su virtud nada alcanza.

—Maria sucumbirá. Id al valle en que siempre la veis y vuestro amor será satisfecho. Pero vuestra alma es mia, y tened cuenta en que os la demandaré.

—Si Maria es mia, cumpliré mi palabra.

D. Alvaro dirigióse al valle corriendo y anhelante. El desconocido mirando como se alejaba; soltó una sonrisa infernal, y sus ojos vivos y penetrantes centellearon entonces como dos carbuncos.

(Se continuará.)

*Juan Bautista Ferrer.*

#### EPIGRAMAS.

D. Andres fingiendo que es  
Docto en ciencias, sabio en artes,  
Mete ruido en todas partes  
Y es un ganso el tal Andres.

A un asno mira con fé  
Don Pedancio *Sinapismo*,  
Y es uno solo el que vé.....  
Porque no se vé á si mismo.

A una recien casadita  
preguntábala un Doctor,  
¿como está usted señorita?  
Estoy bien, respondió Anita,  
mas no cual antes, señor.

*Felipe Zappino.*

#### COLOQUIOS SUELTOS.

¿Porqué la Juanita Claque  
Defiende con tal teson  
Ese ruedo farfalon  
Que se llama miriñaque?

Porque asi puede ir pasando  
Libremente por do quier,  
Sin que nadie eche de vér  
Que acarrea *Contrabando*.

¿Cuántas niñas habrá como la Claque  
que aplauden por lo mismo el miriñaque.

Que querrá D. Juan Falsia  
Que hoy me llama compañero,  
Y ayer no me conocia?  
Querrá pedirte dinero.

Y porqué no me conoce  
Gil mi amigo, y como un galgo  
Evita veloz mi roce?

Será que te debe algo.

D. Matias se hace el grave  
Cuando está en su dependencia...  
Es que no tiene mas ciencia;  
es lo único que sabe.

*J. de Chia.*

#### Lapsus musical.

Dábale Narcisa á Blas  
Broma, con risa y chacota,  
Cuando perdiendo el compás,  
Sin poder resistir mas,  
Se le fué una *falsa nota*.

Conducida por el viento  
Llegó de Blas al oido,  
Y moviendo ella su asiento  
Procuraba á todo evento  
Remedar igual sonido.

Observandolo al instante,  
Con maliciosa sonrisa,  
Le dijo su tierno amante:  
No te fatigues Narcisa,  
Que no hallarás consonante.

*Buenaventura Perez.*

#### Caza de las focas ó vacas marinas.

Las focas, ó comunmente las vacas marinas, son unos animales cuya vida es casi enteramente acuática, aunque por su conformacion interior y exterior pertenecen á la clase de los mamíferos, donde deben colocarse al lado de los gatos y demas animales carnívoros. Su alimento esencial, que es el pescado, está en armonia con su habitual morada en el mar.

Las focas (pues con este nombre las significa la historia natural) habitan en todos los puntos del globo, y principalmente en los mares, en los desembocaderos de los rios y en las bahías de las zonas frias ó heladas. Se encuentran igualmente en el Mediterráneo, y creemos deba referirse á las focas, todo cuanto dice la mitología de las sirenas, de estas encantadoras que con su melodiosa voz y sus

dulces miradas cautivaban á los viajeros para luego devorarles, dejando las playas que frecuentaban blanqueadas con los dispersos huesos de sus víctimas, con efecto, las sirenas, segun los poetas, habitaban en grutas profundas situadas en playas desiertas: y estos sitios son los que las focas eligen, y donde se retiran á descansar cuando salen del mar. Las sirenas encantaban á los navegantes con una expresion engañosa de bondad, con una mirada tierna y espresiva: y es sabido que la cabeza redondeada, la frente ancha y arqueada, animada con dos grandes ojos en los que domina una brillantez agradable, dan á las focas aquella fisonomia bondadosa y dulce de un perro muy apasionado á su dueño. El gracioso continente, el busto realzado de la foca cuando está tendido de llano su cuerpo, un pecho ancho y un cuello bien ligado con las espaldas, dan tal vez á este animal alguna semejanza á la conformacion exterior de una muger. En cuanto á su voz, la mitologia nos engaña ó se engañó; porque si las sirenas tenian una voz deliciosa, no asi las focas que solo arrojan gemidos prolongados ó mas bien gruñidos muy fuertes y nada armoniosos. Respecto á la cola de pescado que, segun dice Horacio, terminaba indignamente el cuerpo de las sirenas, en las focas la encontramos tambien, indicada por los dos miembros posteriores adheridos el uno al otro hácia atras, de modo que constituyen una especie de timon doble, y finalizan en pies palmados ó aletas. Las sirenas devoraban á los viajeros, ó mas bien, como lo hacen las focas, de las que son la fábula mitológica, se contentaban con pescados, y los historiadores de aquel tiempo, medrosos ó ignorantes, tomarian por huesos humanos los esqueletos de los cetaceos ó de los pescados, abandonados sobre las playas por las focas despues de opulentas comidas.

Estos animales, tales como en el dia se conocen, ya en el estado salvaje, ya en el de cautiverio, tienen una suavidad de costumbre, una timidez, una facilidad en reconocer los servicios que les prestan sus dueños, y en amansarse, que en estas cualidades no hay animal alguno que les sobrepuje, si no es el perro en su estado doméstico. Se ha observado que su cérebro manifiesta un desarrollo que es casi siempre una señal cierta de grandes ventajas en la parte moral, y no hay duda que podría sacarse de las focas un gran partido para la pesca, si sus hábitos marinos no impidiesen creer que podrian vivir en el estado doméstico.

Las focas, como especies, son muy difíciles de distinguir entre sí. Un pelaje uniforme, compuesto de un pelo duro, parecido al de un cepillo, algunas veces mezclado con un vello suave de un color leonado, gris, negro, ó abigarrado de todos estos colores, son caracteres que sirven muy poco para clasificarlas. Para esto se valen los naturalistas del hocico, cuya forma no es la misma en todos los individuos; por ejemplo, una de las especies que habita en el Océano pacífico, tiene tan prolongada y móvil la nariz, que casi se parece á una trompa.

Otras se distinguen por la forma de las orejas: los dientes, en general, mas puntiagudos que cortantes, son á propósito para reducir á grandes pedazos la carne sólida de los pescados, mas bien que para triturarla y convertirla en una pasta ductil.

Los habitantes de las costas de Groenlandia, de Spitzberg y de otras regiones árticas, en la caza de las focas hallan recursos contra las necesidades que les acosan en aquellos climas tan ásperos. Estos animales son para los groenlandeses lo que la vaca y el carnero para nosotras, lo que el cocotero para los habitantes de la mar del Sur, el plátano para los brasileños, etc. Esta es la razón porque entre los groenlandeses goza de una gran consideracion en la sociedad el que sabe manejar con destreza el harpon contra la *attarsoack* (nombre que en Groenlandia se da á una especie de foca), y toda la educacion que alli se da á un hombre, tiene por objeto hacerle hábil en esta caza tan arriesgada por los peligros marítimos que la acompañan. Los groenlandeses tienen varios modos de cazar á las focas. Si lo hacen al mar libre, tratan de sorprenderlas aproximándose en la direccion del viento, y cuando ellas no puedan mirar á los cazadores sin que los brillantes rayos del sol hieran sus ojos, con cuyas precauciones se hallan sorprendidas sin haber visto ni oido á sus perseguidores. Asi que estos se hallan á distancia proporcionada, el harponero arroja á la mas inmediata un dardo, á cuyo mango está atada por medio de una cuerda una vejiga llena de aire. Herida la foca, se sumerge con la velocidad de una flecha, arrastrando tras si la vejiga, que por su resistencia á sumerjirse, embaraza los movimientos del animal, é indica su vuelta á la superficie para respirar, de modo que los cazadores se hallan advertidos para herirle, con repeticion hasta matarle. Otras veces, con gritos y clamores aturden á las bandadas de focas, las cuales se van al fondo del agua donde permanecen tanto tiempo, que al volver á la superficie están como asfixiadas, y son por esta razón fáciles de matar con el dardo ó con la escopeta.

En el invierno, cuando están cubiertas de hielo las bahías frecuentadas por las focas, éstas buscan por todas partes agujeros ó grietas para penetrar en el elemento que tanto aman: y á estos agujeros, parecidos á una especie de respiraderos abiertos por la naturaleza en aquella gran bóveda, por el frio construida á la superficie del Océano, es donde las focas van á respirar. Los groenlandeses, agazapados en la nieve al borde de las indicadas aberturas, con la mayor paciencia esperan que las focas lleguen á sacar la cabeza, y entonces dan el golpe con seguridad. (Se concluirá.)

Por todo lo no firmado, *F. Zappino*.

Director D. FRANCISCO P. VARELA.

Editor responsable D. Manuel Galvez.

Gerona: Imprenta de Dorca sucesor de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12.—1857.